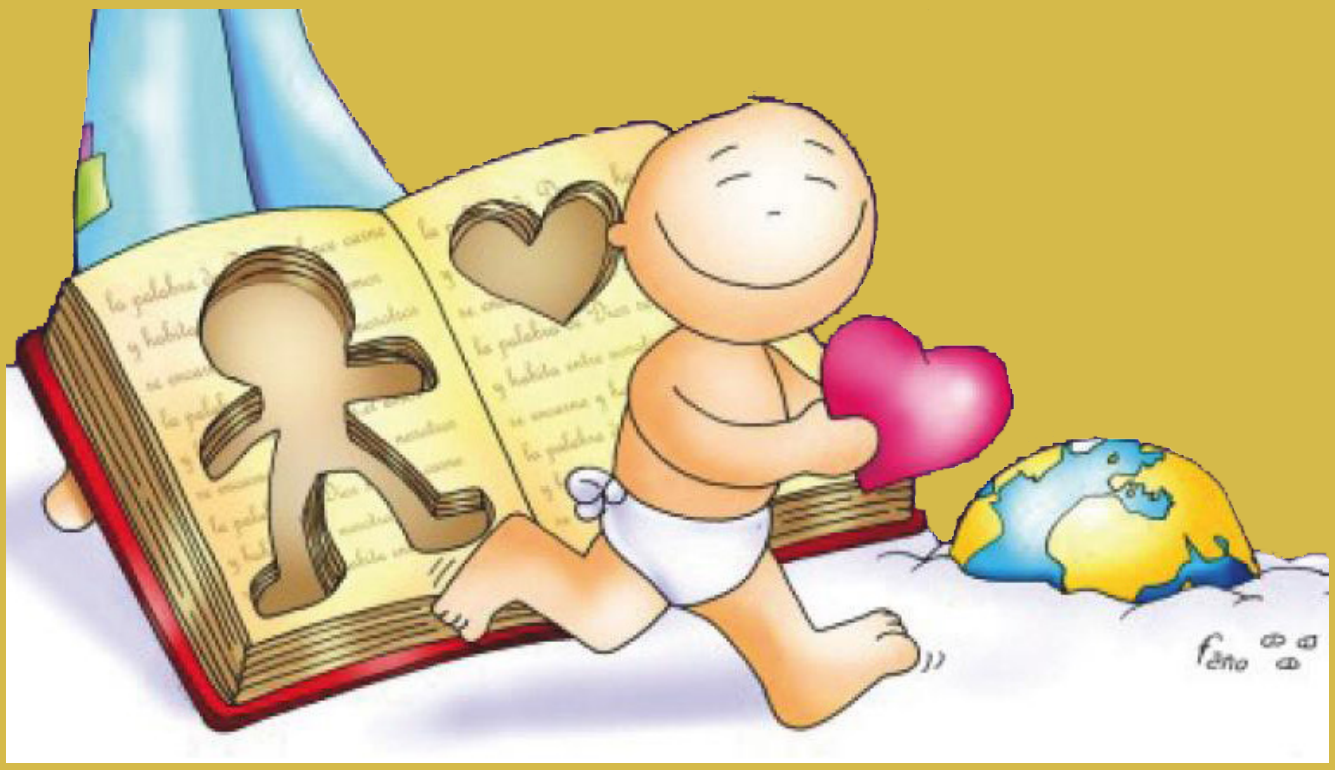
DaBaR



Ciclo A

nº 9

4 de enero de 2026

2º Domingo de Navidad

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

La Palabra y la Voz

Las lecturas de este domingo tienen pinta de complicadas, caminan entre honduras teológicas y sesudas, con términos conceptuales muy elaborados y que, en el mejor de los casos, nos pueden sonar como una preciosa música celestial de la que no sabemos muy qué estamos diciendo, o de qué estamos hablando. Bueno, en realidad, sí lo sabemos, del amor infinito y precedente y procedente de Dios por sus criaturas hasta el punto de encarnarse para compartir y compartirse todo con nosotros.

Pero este estribillo quizás también por escuchado cientos-miles de veces ya no nos impacta.

Para simplificar y poder nadar, una vez más, en el proceloso océano de los textos propuestos nos quedamos con dos cosas: palabra y voz.

En el evangelio de Juan, agudo y técnico, nos habla del Verbo. En mi cabeza se abren dos cajones, uno para verbo relacionado con su significado de palabra, (del latín verbum) y otro para la acepción de verbo como concepto de acción, ya que en una frase el verbo es lo que designa la acción de sujeto (si lo hay, sea agente o paciente… etc, ¡Viva la sintaxis!). En hebreo tenemos la palabra dabar (dabar, qué feliz coincidencia con nuestra publicación…, ¿coincidencia??… igual no) Dabar también significa palabra y acción. Pues en Dios eso es un todo en uno. Como los packs de detergente y estropajo de las ofertas del supermercado.

Palabra y acción; por la palabra se crearon los mundos y lo que contienen, por la acción benevolente y creativa del hacedor, que los trajo a la vida cósmica, química, física, biológica y no sé si me dejo alguna otra… podría ser.

La cuestión es que el misterio de la "creación" y lo creado aún nos trae de calle a los humanos, a los leopardos o a los ficus no, pero a los humanos sí, aún, todavía, pero hoy no trataremos de esto. Solo de lo importante que es para nuestra especie la palabra. Las palabras nos configuran, construyen pensamiento, nos mantienen relacionados y vinculados, amados o heridos, en compañía o en soledad cuando no las tenemos, cuando no nos las ofrecen o comparten, cuando nos las arrebatan o nos la silencian, dice el refrán que una palabra dicha es una flecha lanzada, para bien o para mal; les ahorro una antología del refranero sobre las palabras, sería tediosa e infinita, pero les invito a reflexionar sobre ellas eligiendo algunos para rumiarlos algún día.

La palabra de Jesús no pasó desapercibida, nunca fue vana. Jesús con su palabra sanaba, perdonaba, enseñaba, acompañaba, sorprendía, denunciaba, oraba, daba vida. Una palabra convertida en acción compasiva con cada persona con la que la compartía. Una palabra oportuna, reparadora, sabia, necesaria, porque Jesús no la malgastó ni la desperdició. Una palabra de verdad, honesta y responsable, justa, comprometida. Una palabra cercana, sencilla, al alcance de los más pequeños, sin rocamboles ni circunloquios. Una palabra de paz, de esperanza, de fiesta, de acogida.

En la antigua película de Ben-Hur, hay una secuencia que dice Esther a Miriam cuando va a buscarla al valle de los leprosos, hablando sobre Jesús: "Si alguna vez las palabras vinieron de Dios, estas son las palabras que él dice". Se me quedó grabado desde la primera vez que la ví. No sé por qué.

No more words. O sea, nada más que añadir.

Y la segunda cosa es la voz. No, no hablo del programa concurso para cantantes amateurs, ni en formato infantil ni de adultos. Hablo de Juan, el del desierto. El de la piel de camello, el pelo revuelto, el primo de Jesús, el hijo de Zacarías e Isabel. El que dió testimonio de la luz. Esa voz que le costó su propia cabeza y por ende su vida, por no callar ante el injusto, ante la mezquindad, ante el violento. La voz inquebrantable al otro lado del Jordán, invitando a llenar el corazón de Dios y a empaparse del agua de la conversión, de un nuevo comienzo, de un futuro posible y mejorado, más fraterno. Una voz que atrajo a muchos por auténtica, que cambió sus vidas y les vinculó a Jesús, una voz en la que encontraron un pedacito del Reino, una esperanza, un modo de vivir más completo y solidario. Una voz que fue la precursora de la Palabra, su mejor anunciante. Su heraldo más eficaz. Cuando Herodes lo mandó asesinar, la voz había cumplido su misión, pero Jesús lloró. Y se puso en marcha. Palabra y Acción. Feliz semana dos de navidad. Tiempo de gracia. Amén.

Ana Izquierdo
ana@dabar.es

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. El texto data del entorno del año 180 a. C., al final de dominio ptolomeico y a las puertas de la revuelta macabea. Ben Sira, el autor, es un escriba y sabio que compone su obra en un momento de crisis cultural. El helenismo amenaza la tradición de los padres. Su obra es didáctica y apologética, una recopilación y actualización de la tradición de los sapiencial para una nueva generación tentada por la apostasía. Este cap. 24 nos presenta a la Sabiduría como una figura personal y hace su autorretrato. Es un discurso en primera persona, un género que hunde sus raíces en Proverbios 8. Una influencia de los himnos helenísticos a las virtudes o a las divinidades, pero al servicio de una ortodoxia yahvista estricta.

Texto. Tres partes podemos dividir este texto: los vv. 1-2 nos presentan el origen cósmico de la Sabiduría, su preexistencia (como en el Evangelio de hoy); el creador establece su morada en Sión (vv. 8-9); y por fin, los vv. 10-12 recogen la liturgia de la Sabiduría en su Templo, su culto y su fruto desbordante.

El texto comienza con un inicio audaz, la Sabiduría es presentada como una entidad preexistente que estaba con Dios antes de la creación (cfr. Prov 8, 22-31), que tiene como finalidad la instrucción de la comunidad (v. 1). La asamblea puede ser el consejo celestial de Dios (como en 1Re 22, 19) o el pueblo congregado, en cualquier caso, habla con autoridad divina (v. 2).

La siguiente sección (vv.8-9), nos revela que la morada de la Sabiduría no es el resultado de una búsqueda infructuosa, sino un decreto del Creador, y la elección recae en “Jacob”, “Israel”, como “herencia” y “posesión”. Ben Sira identifica la Sabiduría con la Ley mosaica (Torah) y las tradiciones cultuales de Israel. Habitar en la Tienda y en Sión (vv. 10-11) significa que la Sabiduría se hace presente en el culto del Templo de Jerusalén. Finalmente, el v. 12 cambia la imagen de la arquitectura del Templo a la Botánica. La sabiduría no es un huésped pasajero, sino que echa raíces, se incultura y fecunda todo en unas imágenes que el texto completo desarrolla (vv. 13-22). Es una metáfora de la vida moral, social y. religiosa que florece cuando se vive en fidelidad a la Ley-Sabiduría.

Pretexto. Jesús es la Sabiduría Encarnada, este pasaje, con Prov 8 y Sab 9 suponen el fundamento de la Cristología y el Prólogo de Juan es su relectura definitiva. En Él la presencia gloriosa de Dios (Shekinah) acampó de forma única y definitiva. Las raíces que echó la Sabiduría hoy fecundan nuestras comunidades, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, lo que confiere a la comunidad una dignidad y

responsabilidad inmensa: ser fiel a la Sabiduría encarnada en Cristo y testimoniada por las Escrituras.

Ben Sira usó formas helenísticas para expresar la fe israelita, un modelo para la inculturación del Evangelio. La Iglesia debe dialogar con las sabidurías modernas (filosofías, culturas...), para mostrar que en Cristo se encuentran su plenitud y sentido, sin sincretismos que diluyan la verdad revelada.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Después de los saludos iniciales de esta carta se pasa a un himno que sirve de comienzo de la carta y que tiene una dimensión trinitaria. A cada una de las personas de la Trinidad se le atribuye una acción salvífica. De este himno, que abarca del v. 3 al v. 14, solo leemos hoy los vv. 3-6: Dios actúa en Cristo según el plan que ya tenía y por él nos ha bendecido.

Se bendice a Dios porque él ya nos ha bendecido por medio de Cristo con toda clase de bienes espirituales. Nuestra bendición es respuesta al hecho salvador de Dios. A Dios no se le describe desde la teoría, sino desde la experiencia de quienes se saben bendecidos por Él. La bendición ha venido por parte de Cristo, por lo que se denomina a Dios como padre suyo (v. 3)

Tanto este versículo, como los que siguen, se pueden considerar una explicación del v. 3. La bendición consiste en la elección, y esta ocurrió antes de la fundación del mundo. Se actualiza la idea de la preexistencia de Cristo. En este Cristo Dios existe no apartado del mundo, sino en el mundo. No están separados el ámbito de Dios y el ámbito del mundo. Y la salvación que trae no está movida por los poderes de este mundo, sino que pertenece a Dios y este la concede. Esta salvación se da a los elegidos de Dios, ya que hay un juicio. De momento se presenta la gracia de Dios, y a partir de aquí se puede experimentar el aceptarla o rechazarla, se elige el camino. La meta, si se acepta, es mantenerse sin mancha ante Él (v. 4).

Se recuerda lo dicho anteriormente y se amplía. Hay un punto de partida: Dios nos destinó de antemano. Y hay un punto de llegada: ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo. Aquí la gracia divina aparece como un acto realizador. Ha sido derramada sobre nosotros por medio del Hijo (vv. 5-6).

La segunda parte del himno no se lee en la lectura de hoy y se pasa directamente a una acción de gracias a Dios dada por el autor. La acción de gracias es “por vosotros”, a quienes está dirigida la carta (v. 16).

Recordando el v. 3, se vuelve a nombrar a “El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre...”. A Dios lo podemos captar a través de Jesucristo, sobre todo en la oración. El contenido de la oración y la acción de gracias pueden iluminar para conocer a Dios, que no es tanto conocimiento racional sino la comprensión de un misterio (v 17).

El contenido de ese conocimiento empieza a desarrollarse: el objeto es “la esperanza a la que habéis sido llamados”. No es algo que tengamos que esperar, sino que lo esperado ha llegado ya, se ha hecho comprensible y, a partir de aquí saber que la esperanza es un hecho salvífico objetivo: que, por la resurrección de Cristo, todo lo ha puesto Dios a sus pies. Esto lo dicen los versículos siguientes, pero hay que recordarlo para completar nuestra lectura (v. 18).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Aunque la riqueza del texto es sublime, resulta difícil enfrentarse a un mismo texto varias veces en tan poco tiempo. Si el texto nos habla a cada uno en función de nuestro contexto vital, en apenas diez días, es poco probable que el análisis exegético del mismo nos aporte cosas nuevas. Pero seguro que algún matiz distinto encontraremos.

El prólogo de san Juan es el pórtico monumental de su evangelio. Este himno joánico, seguramente anterior al Cuarto Evangelio, es adaptado por Juan insertando algunos versículos sobre el Bautista (6-8.15) para destacar su papel de testigo. Los matices del texto hablan tanto al pueblo judío, al evocar la Palabra y la Sabiduría, como al helénico, al presentar el Logos como el arjé, el principio racional que ordena y da sentido al Cosmos. Juan asume ambos conceptos y los trasciende en una persona divina que entra en la historia de la humanidad.

Texto

Las tres partes que tiene el texto nos hablan de:

- Una divinidad preexistente. Con alusiones evidentes al Génesis, Juan se sitúa incluso antes de la creación, en la eternidad. Nos aporta visiones distintas, matices de esa preexistencia de la Palabra junto a Dios: "existía, era, estaba". Un "Verbo" que es fuente de vida y de Luz. El símbolo de la Luz que brilla en las tinieblas nos hace ver que Cristo ha venido para eliminar el pecado, para trascender la condición humana y elevarla hacia Dios.

- Hay quienes son testigos (mártys) de la divinidad de Cristo, como Juan, que, sin ser la Luz, señaló la Luz. Su humildad es paradigmática, asume su condición frente al que sí que era la verdadera Luz. Y, quienes le rechazan, resulta textualmente dramático cuando quienes ha liberado esa Luz, no lo recibe, lo rechazan, prefieren las tinieblas. La filiación divina no surge de la sangre ni de la voluntad del hombre, es Dios quien se quiere abrir a nosotros. Es un don que sólo podemos pedir. Dios está permanentemente buscando al hombre y el hombre sólo puede corresponder al amor manifestado en esa búsqueda con amor.

- Los últimos versículos resultan centrales para nuestra la fe cristiana, porque se refieren a la encarnación de la Palabra, a cómo la Palabra, la Sabiduría, el "Logos", el mismo Dios asume la "carne", la "sarx", la condición humana con toda su fragilidad, con su enfermedad, con su muerte... con todo. Lo dice el autor evocando el Tabernáculo del desierto, donde residía Dios, en medio de su Pueblo, donde habitó la "Shkinah". En la persona de Jesús, esa Gloria de Dios es contemplada directamente. Para que todos participemos de la plenitud de esa Gloria, se le entregó la Ley a Moisés, pero la gracia y verdad han llegado en plenitud a través de Jesucristo. Él será, a partir de ahora, la clave interpretativa del Padre.

Pretexto

"La Palabra se hizo carne". El tiempo de navidad nos da pie a pensar en el maravilloso hecho de que Dios haya querido venir a los hombres, hacerse uno de nosotros, elevando así la dignidad de los hombres, haciéndonos capaces de Él. ¿Vivimos una fe encarnada, que se preocupa por el hambriento, el enfermo y el desnudo, o es una espiritualidad etérea y evasiva? En línea con nuestra mentalidad grecolatina, el Verbo es la Verdad, que nos aleja del relativismo que impera en nuestra sociedad. Una sociedad que nos impone unas normas que según quiénes no respetan. El Verbo es la Luz de la Verdad objetiva. ¿Nos atrevemos a medir nuestras vidas con la Luz de Cristo? La Palabra es la Razón eterna que da sentido al cosmos, el tema nos plantea la dicotomía entre fe y razón. ¿Cómo podemos ser testigos del Logos en nuestros ambientes profesionales? Como en el Prólogo de Juan, la Palabra viene hoy a nuestro mundo y tampoco la acogemos. ¿En qué aspectos de nuestra vida personal y social seguimos "sin recibir" a Cristo porque se presenta en rostros inesperados? ¿Cómo podemos convertirnos en comunidades de acogida radical?

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas para la Homilía

"La fe, característica de la Navidad"

El Verbo de Dios hecho carne en un niño tierno e indefenso. Gracias a este acontecimiento hemos recibido el don de la gracia y la verdad, esos bienes tan raros y, al mismo tiempo tan imprescindibles para una existencia humana digna. Sabemos de la importancia de la verdad en un contexto plagado de fake news en el que la palabra tiene a veces tan poco valor. ¡Cuánto necesitamos superar la devaluación de la palabra para que nuestro mundo sea creíble, y las personas, dignas de confianza! Pues bien, esto es precisamente lo que introduce en la historia la encarnación de Dios. Una verdad no fabricada por nosotros mismos, sino acogida como don inmerecido, es decir, de forma gratuita. En una cultura en la que se valora lo que conseguimos con nuestro propio esfuerzo, no es fácil situarse en la lógica del don. También en la Iglesia hay cristianos que se empeñan en seguir el camino de la justificación por las propias fuerzas, de la adoración de la voluntad, la propia capacidad y la autocomplacencia egocéntrica. ¡Cuánto nos cuesta aceptar que no todo depende del querer, sino de la misericordia de Dios (Rom 9,16) y de que él nos amó primero (1Jn 4,19)!

El movimiento descendente que adopta el prólogo del evangelio de Juan hace de la carne humana el lugar por excelencia de la revelación de Dios. De ahí la importancia de no espiritualizar o intelectualizar la fe de manera que se pierda la conexión con la realidad concreta y la carne de los demás. La gran amenaza para la fe cristiana es el espiritualismo de quienes la quieren convertir en un conjunto de elucubraciones mentales que terminan alejándonos de la frescura del Evangelio. Son, según Francisco, los nuevos gnósticos. Ni la simpatía que la cultura actual muestra por la espiritualidad, ni el ensimismamiento de ciertas espiritualidades cristianas del momento nos han de deslumbrar como la expresión de lo auténticamente cristiano. Por el contrario, "la fe en la encarnación del Verbo debe llevarnos a reconocer la carne del Señor en cada hermano que sufre, en el rostro de los pobres" (GE, 49). Al hacerlo, no estamos hablando de beneficencia sino de la Revelación, dice León XIV. La caridad con los necesitados, no se entiende como una simple virtud moral, sino como expresión concreta de la fe en el Verbo encarnado (DT, 39). Esto implica una llamada a vivir la fe de manera que se toque y se sienta la realidad de los demás, especialmente de aquellos que más lo necesitan. Hay que leer en esta Navidad Dilexi te como acto de fe en lo que profesamos y de calculada rebeldía contra el consumismo.

Frente a los cristianos que, desde planteamientos espiritualistas, devalúan la existencia humana, la encarnación del Verbo la enaltece sobremanera pues, no solo la hace capaz de Dios, sino que, además, en ella, se le revela al ser humano su propio misterio y se le descubre la grandeza de su vocación. Es por medio de la carne como nuestra naturaleza corpóreo-espiritual ha sido elevada a su máxima dignidad. Sencillamente porque el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Hasta el punto que "trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre." (GS, 22). Ésta es la razón profunda que alienta nuestra existencia desde la fe. La misma que nos convierte en buena noticia para aquellos que se sienten solos, abatidos, descartados, deprimidos y necesitados de razones para vivir. Se trata de hacer presente el misterio del amor de Dios por todos en la humildad de nuestra propia carne.

Contrariamente a lo que de forma espontánea sentimos y expresamos, la actitud característica de la Navidad no es la ilusión, sino la fe. La ilusión se desvirtúa fácilmente cuando está unida sólo a los buenos deseos y se materializa en gestos puramente materialistas. La ilusión se hace de este modo ilusoria. Por el contrario, la fe nos abre los ojos a la cruda realidad necesitada de una salvación que sólo puede venir de Dios, pero incorporando en primer lugar a los últimos. Por eso la fe en el Verbo encarnado es la que nos abre los ojos. Este es el punto en el que nuestra actitud de escucha se convierte en oración para que, como hemos escuchado en la segunda lectura, el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, nos dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de nuestro corazón para que comprendamos cuál es la esperanza a la que nos llama y cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Emilio Aznar
emilio@dabar.es

«Y la Palabra se hizo carne»
(Jn 1, 14)

Para reflexionar

La vuelta a lo sagrado, y no digamos a lo católico, y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. En este sentido, algunos hablan del espejismo del renacer católico. Más que al ateísmo, decía el papa Francisco, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro (EG, 89). La respuesta que desde la fe hemos de dar a la inquietud profunda de tantos de nuestros contemporáneos no puede ir en la misma línea que la de la oferta de espiritualidades dominantes hoy en el mercado, aún reconociendo que muchas de ellas aportan valores muy positivos en un mundo tan materialista y a veces tan deshumanizado.

La propuesta cristiana tiene su punto diferencial en la encarnación del Hijo de Dios. El evangelio del prólogo de San Juan que escuchamos el día de Navidad y volvemos a escuchar en este domingo, algo realmente indicativo de su importancia, no debe ser interpretado en modo espiritual, como si se tratase sólo de un tratado de alta teología, sino que reclama una actitud de contemplación que descubra a Dios en el rostro del hermano sufriente y nos disponga a una conversión de vida consecuente con la encarnación del Verbo. Pues son muchos los que hoy en día tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio (EG, 88). Determinados grupos y movimientos cristianos quieren un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz. Mientras tanto, dice Francisco, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura (EG, 88).

Por todo ello, no puedo estar más de acuerdo con David López (El espejismo del renacer católico) cuando traduce este planteamiento de Francisco en un auténtico renacer de la fe, que no hay que medir en misas llenas ni en procesiones vistosas, sino en la calidad de la conversión personal y comunitaria. Es decir, cuando la Iglesia se deja interpelar por el sufrimiento del mundo y vuelve a ponerse en camino junto a los pobres, los jóvenes sin rumbo, las familias que buscan sentido. El Espíritu sopla allí donde la fe se hace servicio y no consigna; donde hay hospitalidad, perdón, apertura y ternura, allí donde aprendemos a habitar los márgenes con humildad evangélica.

Para la oración

Oh, Dios, que en Verbo hecho carne nos otorgas generosamente tu gracia y verdad, que la tierra se llene de tu gloria y que te reconozcan los pueblos en la humildad de la existencia humana. Por nuestro Señor Jesucristo.

Santifica, Señor, estas ofrendas en gracia de la encarnación de tu Hijo, por el que te has identificado con todos y cada uno en la humildad de nuestra propia carne.

Te damos gracias, Padre, por Cristo, nuestro Señor. Por él, resplandece hoy ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva. Pues, al asumir por su encarnación nuestra frágil condición, no solo dignifica la existencia del ser humano en esta tierra, sino que, por esta unión admirable, nos ofrece generosamente la amistad y comunión divinas y nos ilumina para que le encontremos en cada ser humano y en cada acontecimiento.

El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.

Humildemente te pedimos, Señor, que la fuerza de este sacramento de salvación nos transforme internamente, para que aprendamos a hacer presente el misterio del amor de Dios por todos en la humildad de nuestra propia carne.

Cantos

Entrada. Adeste fideles (CB-3); Navidad sin pandereta (1CLN-61); Alrededor de tu mesa (1CLN A 4).

Salmo. Lauda Ierusalem Dominum (tradicional); Tu palabra me da vida; LdS; El verbo se hizo carne (Fones).

Ofertorio. Un arco iris de sol y nieve (disco "Preparad los caminos"); El camino que lleva a Belén (1CLN-56); En el altar de la vida.

Santo. 1CLN-I 6; CLN I 2.

Aclamación al memorial: CLN J 22

Doxología. 1CLN-K 3.

Paz. Pon tu mano.

Cordero de Dios. Disco "15 Cantos para la Cena del Señor".

Comunión. Noche de Dios (1CLN-53); Oh, Señor, yo no soy digno (popular, CB-145); Cristianos venid (1CLN-55); Hoy, Señor, te damos gracias.

La misa de hoy

Monición de entrada

Acabamos de celebrar el nacimiento de Jesús en Belén y la figura de santa María como madre de Dios y nos disponemos a culminar este tiempo de Navidad con la fiesta de la Epifanía y la del bautismo del Señor. Entre tanto, en este domingo, resuenan los ecos de la alegría del nacimiento y se entremezclan con la necesaria reflexión sobre el significado profundo del acontecimiento. El tiempo presente se ha convertido en tiempo de presencia de Dios en el mundo, porque el Eterno se ha hecho para siempre uno de nosotros. Celebremos y gocemos con su salvación.

Saludo

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón.

Acto penitencial

Invoquemos a nuestro Señor Jesucristo, para que, en la contemplación de su misterio, obtengamos la gracia y la paz que Él nos quiere regalar:

- Tú que eres la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Señor, ten piedad.
- Tú que eres el Verbo de Dios hecho carne. Cristo, ten piedad.
- Tú que, habitando entre nosotros, te ofreces a todos. Señor, ten piedad.

Que el Dios de la gloria, perdone nuestros pecados y nos conceda luz y sabiduría para conocerlo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Monición a la Primera lectura

Por contraposición al mundo griego, el pueblo de Israel hace un elogio de una sabiduría que no procede del ingenio humano, sino del beneplácito de Dios que, desde toda

la eternidad se ha querido dirigir al ser humano para entablar un diálogo interpersonal. Su voluntad de un encuentro inteligible con el pueblo llega a su culminación en el Antiguo Testamento en la imagen de la sabiduría eterna que se establece en Jerusalén y allí echa sus raíces. Dios entra así en nuestra misma historia.

Salmo Responsorial (Sal 147)

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión: que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti.

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina; Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz.

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna otra nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos.

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

Monición a la Segunda Lectura

Dios nos ha elegido en Cristo y, a través de la fe, podemos conocer la esperanza a la que hemos sido llamados. Él nos ha destinado por medio de Cristo a ser sus hijos. Como respuesta a este don inmerecido no cabe otra actitud que la de la bendición y la de petición para que nos conceda espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo.

Monición a la Lectura Evangélica

En este día volvemos a escuchar el prólogo de san Juan y a dejar que el anuncio del Verbo hecho carne nos transforme e ilumine de tal modo que este acontecimiento se convierta para nosotros en la auténtica motivación de nuestro ser cristianos. La Palabra eterna, es decir, Dios mismo en su voluntad de comunicarse con la humanidad, nos ofrece, no ya la ley, sino la gracia y la verdad. Un don que no siempre es acogido ni por el mundo ni por los suyos. Y, sin embargo, para quienes lo reciben, se hace realidad el designio divino de hacernos, en Cristo, sus hijos.

Oración de los fieles

Alegres por la buena noticia del nacimiento del Hijo de Dios, pedimos al Señor que siga acompañando el camino de la humanidad y de la Iglesia.

- Por la Iglesia de Jesucristo, para que en todo momento y circunstancia anuncie el misterio del amor de Dios por todos. Roguemos al Señor.
- Para que escuchemos el clamor de los pobres y descartados, y descubramos en ellos el verdadero rostro del Dios que viene a nosotros. Roguemos al Señor.
- Por los que rigen los destinos del mundo, para que, con sus decisiones, busquen la paz entre los pueblos, la defensa de los derechos de los débiles y la justicia entre los seres humanos. Roguemos al Señor.
- Por el pueblo santo de Dios, para que seamos testigos de la salvación que nos ha sido ofrecida en Jesucristo, el Verbo hecho carne, que habita entre nosotros. Roguemos al Señor.
- Por nuestra comunidad cristiana, para que avancemos en el camino de llegar a ser una Iglesia constitutivamente sinodal. Roguemos al Señor.

Acoge, Señor, nuestra humilde oración para que, unidos, sigamos viviendo de tu gracia y tu verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

Damos gracias a Dios que nos ha reunido de nuevo para celebrar estos sagrados misterios y le pedimos nos conceda reconocerle en medio de nuestra actividad cotidiana. Nos volveremos a encontrar en torno a la eucaristía el próximo martes, día 6, para celebrar juntos la fiesta de la Epifanía del Señor.

Dios habla
Lecturas propuestas para la Liturgia

2º Domingo de Navidad, 4 enero 2026, Año LII, Ciclo A

ECLESIASTICO 24, 1-2.8-12

La sabiduría se alaba a sí misma, se gloría en medio de su pueblo, abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloría delante de sus Potestades. En medio de su pueblo será ensalzada, y admirada en la congregación plena de los santos; recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos y será bendita entre los benditos. El Creador del Universo me ordenó, el Creador estableció mi morada: «Habita en Jacob, sea Israel tu heredad». Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás. En la santa morada, en su presencia, ofrecí culto y en Sión me establecí: en la ciudad escogida me hizo descansar, en Jerusalén reside mi poder. Eché raíces entre un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad, y resido en la congregación plena de los santos.

EFESIOS 1, 3-6.15-18

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables antes él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por eso yo, que he oído hablar de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mi oración, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de la gloria que da en herencia a los santos.

JUAN 1, 1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venia como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: “el que viene detrás de mi pasa delante de mí, porque existía antes que yo”». Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.